

## COMO EL ÁRBOL

**Por: Mesías Guevara Amasifuen**

Subo al vuelo 2118, de American Airlines, para participar de un curso de capacitación en el Resort Swam, donde personas de diversas partes del mundo hablaremos sobre las telecomunicaciones.

Los ambientes son grandes y modernos. Al anochecer, los faroles brillan majestuosos dándole al ambiente un aire edénico y la luna colabora con sus reflejos en los pequeños lagos artificiales. Al final de la intensa jornada, voy a mi habitación amplia y cómoda, propia de un hotel cinco estrellas. Me asomo por la ventana y veo el esplendor de la noche, me recuesto y me pongo a meditar.

El recuerdo me llama. Imaginariamente me transporto a las montañas de Jaén, Colasay y Juan Díaz. Me atrapa el hechizo del verdor de las plantas, la pureza de las aguas cristalinas y el aroma de las flores. En la película de mi recuerdo, brota una escena junto a mis primos, sentados bajo la luna, en medio de la noche oscura. Jugamos al gran bonetón y para romper la soledad, acordamos cantar: “Paloma blanca, alas de plata, piquito de oro. No te *arremontes* por ese monte, porque yo lloro. Los cazadores tiran su tiro, tiro perdido. No te hirieron, no te mataron porque yo estaba junto a tu nido...”, la noche se llena de júbilo.

Todas las melodías las habíamos aprendido de nuestros padres y del abuelo. Mientras tanto el fogón resalta en la cocina, donde casi se extingue el fuego, pero hay un tizón con un pequeño destello que se resiste a morir.

Aparece el recuerdo de mi caminata, de Juan Díaz a la montaña. El camino es cuesta arriba. El paisaje es hermoso, los varejones crecen rectos y altos, las aves vuelan en bandadas. Al llegar a la cima, como premio recibo una caricia de la fresca brisa, a lo lejos se divisa Chunchuquillo, próspero centro poblado. Al lado del camino, nos espera una mata de Mora. No puedo resistir a la tentación y cojo muchas moras entre rojas y moradas.

Al caer la noche voy a la cama preparada con generosidad por los amigos de mi padre, en una modesta Chozza de quincha, cuyo techo de calamina se convierte en una coladera cuando llueve. La cama es una tarima hecha de guayaquiles (bambú) y tiene como colchón las jergas de los caballos, estos se ponen en el lomo de los jamelgos, para que se les pueda instalar la montura. Con el cuerpo cansado me quedo profundamente dormido.

Al día siguiente, el sol intenso de Florida entra por la ventana del Hotel, me despierto y me veo acostado en una cama muy cómoda. Me acosté en una cama modesta y me desperté en una moderna. No estaba en la montaña de Juan Díaz, sino en Orlando. Me toco, me siento y luego digo: Soy el mismo. Soy como el árbol que no olvida sus raíces.